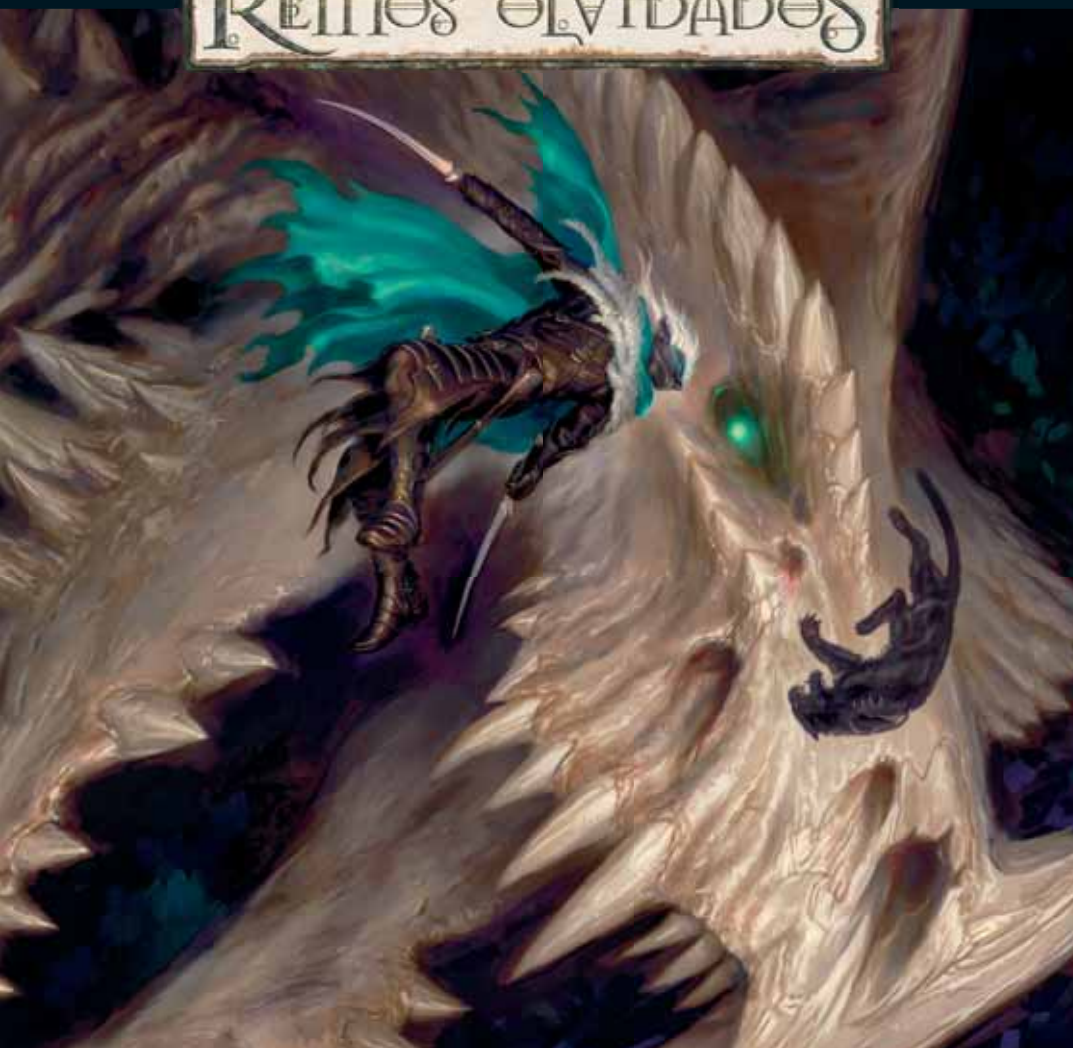


R.A. SALVATORE

El rey Fantasma

LA LEYENDA DE DRIZZT

REINOS OLVIDADOS



TRANSICIONES · VOLUMEN 3

minotauro



EL REY FANTASMA

TRANSICIONES III

R. A. SALVATORE

minotauro

© 2009 Wizards of the Coast LLC.
© 2025 Wizards of the Coast LLC. All Rights Reserved. Licensed by Hasbro.
Originally published as *The Ghost King. Transitions, Book III*.

Wizards of the Coast, Dungeons & Dragons, D&D, their respective logos, The Forgotten Realms, The Legend of Drizzt, and the dragon ampersand are registered trademarks of Wizards of the Coast LLC in the U.S.A. and other countries.

All characters in this book are fictitious. Any resemblance to actual persons, living or dead, is purely coincidental. All Wizards of the Coast characters, character names, and the distinctive likenesses thereof, and all other Wizards trademarks are property of Wizards of the Coast LLC.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Emma Fondevila
Rediseño de cubierta: Coverkitchen
Ilustración de cubierta: Todd Lockwood
Revisado por: dtm+tagstudy

ISBN: 978-84-450-1083-9
Depósito legal: B. 18.303-2023
Printed in EU / Impreso en UE.

US, Canada,
Asia, Pacific & Latin America:
Wizards of the Coast, Inc. Way
P.O. Box 707
Renton, WA 98057-0707
+1-800-324-6496



European Headquarters:
Hasbro UK Ltd Newport,
Gwent NP9 0YH GREAT
BRITAIN

Visit our web site at www.wizards.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Insíscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

INCURSIÓN EN LOS SUEÑOS DE UN DROW

Te encontraré, drow.

Los ojos del elfo oscuro se abrieron de golpe y rápidamente adaptó sus aguzados sentidos al entorno físico. La voz seguía sonando clara en su mente, invadiendo su momento de tranquila ensoñación.

Conocía la voz y le transmitía una imagen perfectamente nítida de una catástrofe, guardada entre los recuerdos que tenía de una década y media antes.

Se ajustó el parche del ojo y se pasó una mano por la rasurada cabeza, tratando de encontrarle sentido a aquello. No podía ser. El dragón había sido destruido, y nada, ni siquiera un wyrm rojo tan grande como Hephaestus, podría haber sobrevivido a la intensidad de la explosión que sobrevino cuando Crenshinibon liberó su poder. Aun en el caso de que la bestia hubiera sobrevivido de alguna manera, ¿por qué no se había alzado en aquel mismo momento, cuando tenía a sus enemigos indefensos ante sí?

No, Jarlaxle tenía la certeza de que Hephaestus había sido destruido.

—*Te encontraré, drow.*

Había sido Hephaestus... La intromisión telepática en la ensoñación de Jarlaxle le había transmitido con toda claridad la imagen del gran dragón. No podía haber confundido el peso de aquella voz. Lo había sacado de su meditación y había hecho que instintivamente se retrajera de ella, obligándolo a volver al presente, a su entorno físico.

Lo lamentó de una manera casi inmediata, y se tomó el tiempo necesario para calmarse oyendo los ronquidos satisfechos de su compañero enano,

para asegurarse de que a su alrededor no había ningún peligro, antes de cerrar otra vez los ojos y volver a adentrarse en sus pensamientos, antes de retirarse a un lugar de meditación y soledad.

Pero no estaba solo.

Hephaestus estaba allí, esperándolo. Vislumbró los ojos del dragón, dos ascuas de fuego feroz. Pudo sentir la rabia de la bestia, resollando con furia y prometiendo venganza. Un gruñido de satisfacción resonó en la mente de Jarlaxle, la expresión de un depredador que, por fin, tiene a su presa a tiro. El dragón lo había encontrado de manera telepática, pero ¿significaba eso que sabía dónde estaba físicamente?

Jarlaxle se sintió invadido por el pánico, por una confusión momentánea. Alzó la mano y se tocó el parche del ojo, que ese día llevaba sobre el izquierdo. Su magia debería haber impedido la intrusión de Hephaestus, debería haber protegido al drow de cualquier escudriñamiento o contacto telepático no deseados. Sin embargo, aquello no era fruto de su imaginación. Hephaestus estaba con él.

—*Te encontraré, drow* —volvió a amenazar el dragón.

«Te encontraré», de modo que todavía no lo había encontrado...

Jarlaxle alzó sus defensas, negándose a pensar en su paradero actual al darse cuenta de por qué Hephaestus seguía repitiendo su declaración. El dragón quería que él pensara en el lugar donde se encontraba para que la bestia pudiera así llegar a conocerlo.

Llenó su mente con imágenes de la ciudad de Luskan, de Calimport, de la Antípoda Oscura. El principal lugarteniente de Jarlaxle en su poderosa banda de mercenarios era un consumado psiónico, y le había enseñado todo tipo de tretas y defensas mentales. Jarlaxle puso en juego todos esos conocimientos.

El gruñido de Hephaestus, transmitido por medios psiónicos, pasó de la satisfacción a la frustración y arrancó a Jarlaxle una risita.

—*No puedes rehuirme* —insistió el dragón.

—*¿No estás muerto?*

—*¡Te encontraré, drow!*

—*Entonces, volveré a matarte.*

La respuesta displicente de Jarlaxle desató la ira de la bestia —tal como él había esperado—, y esa emoción le hizo perder momentáneamente el control, que era lo que Jarlaxle necesitaba.

Se enfrentó a esa ira con un muro de rechazo, obligando a Hephaestus a abandonar sus pensamientos. Se cambió el parche al ojo derecho para activar el artilugio con ese contacto y exacerbar su poder protector.

Últimamente sucedía eso con muchos de sus chismes mágicos. Algo le estaba sucediendo al mundo en su conjunto, al Tejido de Mystra. Kimmuriel le había advertido que tuviera cuidado con el uso de la magia, pues con demasiada frecuencia los conjuros, incluso los más simples, tenían consecuencias desastrosas.

El parche del ojo cumplió su cometido, sin embargo, y combinado con las ingeniosas tretas y defensas instauradas por Jarlaxle, hizo que Hephaestus quedara excluido de su subconsciente.

Otra vez con los ojos abiertos, el drow pasó revista a su pequeño campamento. Él y Athrogate estaban al norte de Mirabar. Todavía no había salido el sol, pero por el este el cielo empezaba a filtrar el resplandor que antecede al amanecer. Los dos tenían concertado para esa misma mañana un encuentro clandestino con el marchion Elastul de Mirabar, para cerrar un acuerdo comercial entre aquel egoísta gobernante y la ciudad costera de Luskan. O, para ser más precisos, entre Elastul y Bregan D'Aerthe, la banda mercenaria, y cada vez más mercantil, de Jarlaxle. Bregan D'Aerthe usaba la ciudad de Luskan como conexión con el mundo de la superficie, intercambiando bienes de la Antípoda Oscura por artefactos de los reinos del exterior, transportando valiosas y exóticas chucherías entre la ciudad-estado drow de Menzoberranzan y Luskan.

El drow pasó revista a su campamento, establecido en una pequeña hondonada entre un trío de grandes robles. Podía ver el camino, tranquilo y vacío. Desde uno de los árboles una cigarra emitió su canto rechinante, y un pájaro pareció responderle. Un conejo atravesó como una exhalación el pequeño prado que había más abajo del campamento, describiendo una trayectoria zigzagueante y dando grandes saltos, como aterrorizado por el peso de la mirada de Jarlaxle.

El drow se deslizó desde la horquilla del árbol donde había instalado su lecho. Aterrizó silenciosamente con sus botas mágicas y salió con todo cuidado del bosquecillo para conseguir una visión más amplia de la zona.

—¿Y adónde es que vas si saberse puede ya? —le gritó el enano.

Jarlaxle se volvió hacia donde estaba Athrogate, que todavía yacía de espaldas, enredado con la manta y que lo miró con un ojo abierto a medias.

—Muchas veces me pregunto qué es más molesto, enano, si tus ronquidos o tus rimas.

—Yo también —dijo Athrogate—, pero como no me oigo roncar, me inclino por los versos.

Jarlaxle se limitó a menear la cabeza mientras seguía alejándose.

—Mantengo la pregunta, elfo.

—Me ha parecido prudente estudiar el terreno antes de que llegue nuestro estimado visitante —respondió Jarlaxle.

—Vendrá con la mitad de los enanos de la dotación de Mirabar, eso sin duda —dijo Athrogate.

Era cierto; Jarlaxle lo sabía. Oyó cómo el enano se ponía de pie.

—Prudencia, amigo mío —dijo el drow por encima del hombro, y se puso en marcha otra vez.

—Naa, hay algo más —declaró Athrogate.

Jarlaxle se rió, impotente. Había pocas personas en el mundo que lo conocieran tanto como para interpretar tan bien sus tácticas evasivas y sus medidas afirmaciones, pero en los años que Athrogate llevaba a su lado, le había dejado entrever algo del verdadero Jarlaxle Baenre. Se volvió y le dirigió una sonrisa a su sucio y barbudo amigo.

—¿Y bien? —preguntó Athrogate—. Con palabras arremetes, pero ¿qué es lo que te estremece?

—¿Estremecerme?

El enano se encogió de hombros.

—Sí, sea lo que sea, no puedes impedir que lo vea.

—¡Ya basta! —le rogó el drow, alzando las manos a modo de rendición.

—O me lo dices, o sigo haciendo rimas —le advirtió el enano.

—Prefiero que me golpees con tus poderosos manguales. Por favor.

Athrogate puso los brazos en jarras y miró fijamente al empecinado elfo oscuro.

—Todavía no lo sé —admitió Jarlaxle—. Algo... —Con un movimiento de la mano cogió su sombrero de ala ancha, le dio forma y se lo puso.

—¿Algo?

—Sí —dijo el drow—. Un visitante; tal vez en mis sueños, tal vez no.

—Dime que es pelirrojo.

—Más bien de escamas rojas.

Athrogate hizo una mueca de disgusto.

—Tienes que soñar mejor, elfo.

—Sin duda.

—Espero que mi hija esté bien —dijo el marchion Elastul.

Estaba sentado en un cómodo butacón ante la pesada y ornamentada mesa que habían traído sus asistentes de su palacio de Mirabar, rodeado por una docena de enanos de expresión adusta pertenecientes a su guardia. Frente a él, en butacas más pequeñas, estaban Jarlaxle y Athrogate, que no paraba de atiborrarse de pan, huevos y todo tipo de bocados exquisitos. Aunque la reunión tenía lugar en medio de la nada, Elastul había impuesto una especie de intercambio civilizado, que, para deleite del enano, incluía un succulento desayuno.

—Arabeth se ha adaptado bien a los cambios acaecidos en Luskan, es cierto —respondió Jarlaxle—. Ella y Kensidan han estrechado su relación, y la posición de vuestra hija dentro de la ciudad es cada vez más destacada y poderosa.

—Ese Cuervo miserable... —susurró Elastul con un suspiro.

Se refería al gran capitán Kensidan, uno de los cuatro grandes capitanes que gobernaban la ciudad. Estaba bien enterado de que Kensidan se había convertido en el principal miembro de aquel grupo de élite.

—Kensidan ganó —le recordó Jarlaxle—. Fue más listo que Arklem Greeth y que la Hermandad Arcana, lo cual no es magra hazaña, y convenció a los demás grandes capitanes de que el rumbo que él proponía era el mejor.

—Habría preferido al capitán Deudermont.

Jarlaxle se encogió de hombros.

—Así resulta más rentable para todos nosotros.

—Cada vez que pienso que estoy aquí tratando con un drow... —se lamentó Elastul—. La mitad de los enanos de mi guardia preferirían que te matara en vez de negociar contigo.

—Eso no sería prudente.

—¿O rentable?

—Ni saludable.

Elastul hizo un gesto despectivo, pero su hija Arabeth le había contado lo suficiente sobre Jarlaxle como para saber que la ironía del drow sólo era mitad broma y mitad auténtica amenaza.

—Si Kensidan el Cuervo y los otros tres grandes capitanes se enteraran de este pequeño acuerdo que nos traemos entre manos, no les gustaría lo más mínimo —dijo Elastul.

—Bregan D'Aerthe no responde ante Kensidan ni ante los demás.

—Pero tú tienes un acuerdo con los grandes capitanes para comerciar tus productos en exclusiva a través de ellos.

—Su fortuna se incrementa considerablemente gracias al comercio solapado con Menzoberranzan —replicó Jarlaxle—. Si yo decido que es conveniente tener tratos al margen de ese acuerdo..., bueno, soy un mercader, después de todo.

—Un mercader muerto si Kensidan se llega a enterar.

La ocurrencia hizo reír al drow.

—Más probablemente un mercader cauto, porque ¿qué haría yo teniendo que gobernar una ciudad de la superficie?

Elastul tardó un momento en comprender las implicaciones de aquella bravuconada, y la posibilidad no le deparó diversión precisamente, ya que le sirvió como recordatorio y advertencia de que estaba tratando con elfos oscuros.

Con elfos oscuros muy peligrosos.

—Entonces, ¿hay trato? —preguntó Jarlaxle.

—Abriré el túnel que lleva al almacén de Barkskin —respondió Elastul, refiriéndose a un mercado secreto en el subsuelo de la ciudad de Mirabar, la sección enana—. Las carretas de Kimmuriel sólo pueden

acceder por ahí, y ninguna podrá ir más allá del recinto de la entrada. Y espero que los precios sean exactamente los que concertamos, ya que el coste que tendré que pagar por mantener a los guardias adecuados alertas a la presencia de drows no será nada desdeñable.

—¿Presencia de drows? No creo que esperes que nos dignemos a adentrarnos más en tu ciudad, buen marchion. Nos basta con el acuerdo que tenemos ahora, puedes creernos.

—Eres un drow, Jarlaxle, y a los drows nunca les basta.

Jarlaxle se limitó a reír. No tenía ni voluntad ni posibilidad de seguir con esa discusión. Había accedido a hacer personalmente de intermediario en nombre de Kimmuriel, quien supervisaría el montaje de la operación, ya que él había recuperado sus ansias de ver mundo y quería alejarse de Luskan por un tiempo. En verdad, Jarlaxle tenía que reconocer que realmente no le sorprendería nada volver al norte al cabo de algunos meses y encontrarse con que Kimmuriel había hecho grandes incursiones en la ciudad de Mirabar, hasta llegar incluso a convertirse en el poder verdadero de la ciudad, valiéndose de Elastul o de cualquier otro necio que se le pusiera a tiro para darle cobertura.

Jarlaxle se llevó la mano al sombrero, se puso de pie para marcharse y le hizo a Athrogate una seña para que lo siguiera. Resoplando como un cerdo en presencia de una trufa, el enano seguía atiborrándose, pringándose la gran barba negra peinada en trencitas con restos de yema de huevo y de mermelada.

—El camino ha sido largo y ha pasado hambre —le comentó Jarlaxle a Elastul.

El marchion hizo un gesto de disgusto. Sin embargo, a los enanos de la Guardia de Mirabar se les iban los ojos de pura envidia.

Jarlaxle y Athrogate llevaban casi dos kilómetros recorridos cuando el enano dejó de eructar el tiempo suficiente para preguntar:

—Entonces, ¿volvemos a Luskan?

—No —respondió Jarlaxle—. Kimmuriel se ocupará de los detalles más prosaicos ahora que hemos cerrado el trato.

—Un largo camino para una breve conversación y una comida aún más breve.

—Pues te pasaste comiendo media mañana.

Athrogate se frotó la considerable barriga y lanzó un eructo que asustó a una bandada de pájaros posados en un árbol cercano, mientras Jarlaxle sacudía la cabeza con resignación.

—Me duele la tripa —explicó el enano. Se pasó la mano por ella y volvió a eructar varias veces y en rápida sucesión—. O sea que no volvemos a Luskan. ¿Adónde vamos, entonces?

Jarlaxle se tomó su tiempo antes de responder.

—No estoy seguro —dijo con sinceridad.

—No voy a echar de menos ese lugar —dijo Athrogate.

Se pasó la mano por encima del hombro y dio una palmadita a la empuñadura de uno de sus poderosos manguales de cristalacero que llevaba sujetos en diagonal a la espalda, con la empuñadura hacia arriba y las bolas claveteadas rebotando detrás de sus hombros, mientras avanzaban por el camino.

—Llevo meses sin usarlos.

Jarlaxle se limitó a asentir con la vista perdida en la distancia.

—Bueno, vayamos a donde vayamos, sin que ninguno de los dos sepamos, pensando y hablando, es mejor cabalgar que ir andando. ¡Buajajá!

Athrogate rebuscó en un bolsillo donde guardaba una estatuilla negra de un jabalí de guerra capaz de invocar una montura mágica. Ya se disponía a sacarla cuando Jarlaxle le puso una mano encima de la suya y lo detuvo.

—No, hoy no —explicó el drow—. Hoy deambularemos sin rumbo fijo.

—¡Bah!, necesito un viajecito movido para echar unos cuantos eructos, maldito elfo.

—Hoy caminaremos —le dijo Jarlaxle en un tono que no admitía réplica.

Athrogate lo miró con desconfianza.

—Entonces, ¿no te interesa saber adónde iremos esta vez?

El drow miró en derredor estudiando el áspero terreno y se frotó la aguzada barbilla.

—Pronto —prometió.

—¡Bah! ¡Podríamos haber vuelto a Mirabar para llevarnos más comida!

Sin embargo, Athrogate palideció al terminar, algo realmente raro en el rudo enano, porque Jarlaxle le echó una mirada asesina, como para recordarle sin la menor duda quién era el jefe y quién el secuaz.

—¡Buen día para caminar! —exclamó Athrogate, y acabó con un descomunal eructo.

Acamparon a unos cuantos kilómetros al nordeste del campo donde se habían reunido con el marchion Elastul, en un pequeño cerro rodeado de árboles bajos y achaparrados, muchos de ellos secos y otros casi sin hojas. Por debajo del cerro, al oeste, se veían las ruinas desoladas de una antigua granja, o tal vez de una pequeña aldea, al otro lado de un campo rocoso salpicado de piedras planas cortadas; la mayor parte estaban caídas, pero quedaban algunas plantadas de canto, lo que llevó a Athrogate a farfullar algo sobre un antiguo cementerio.

—Eso, o un pabellón —replicó Jarlaxle sin darle la menor importancia.

Selene estaba en el cielo, jugando al escondite con las abundantes nubes de escasa envergadura que pasaban por encima de sus cabezas. Bajo la pálida luz, Athrogate no tardó en empezar a roncar felizmente, mientras que a Jarlaxle la idea de sumirse en estado de ensoñación no le resultaba nada halagüeña.

Estuvo observando mientras las sombras se iban empequeñeciendo bajo la luz de la luna hasta casi desaparecer y luego se estiraban hacia el este, al pasar Selene por encima de su cabeza y empezar su declinación hacia el oeste. El cansancio comenzó a apoderarse de él, pero estuvo resistiéndose un buen rato.

Al fin, el drow se reconvino por su estupidez. No podía permanecer despierto y alerta siempre.

Se recostó contra un árbol muerto, una silueta retorcida cuya sombra parecía el esqueleto de un hombre con los brazos alzados hacia los dioses en actitud implorante. Jarlaxle no se subió a él porque no confiaba en que pudiera soportar su peso. En lugar de eso, permaneció de pie, apoyado contra el rugoso tronco.

Dejó que su mente se apartara de cuanto lo rodeaba y se replegara hacia dentro. Recuerdos y sensaciones se fundieron en el suave torbellino de la

ensoñación. Notó los latidos de su propio corazón, el torrente de la sangre circulando por sus venas. Sintió los ritmos del mundo, como una apacible respiración, bajo sus pies, y se entregó a la sensación de una conexión con la tierra, como si hubiera echado profundas raíces en la roca. Al mismo tiempo, experimentó una especie de ingravidez, como si estuviera flotando, y la maravillosa relajación de la ensoñación invadiendo su mente y su cuerpo.

Sólo así se sentía libre. La ensoñación era su refugio.

—*Te encontraré, drow.*

Hephaestus estaba allí con él, esperándolo. En su mente, Jarlaxle volvió a ver los feroces ojos de la bestia, sintió el aliento abrasador y el odio más abrasador aún.

—*Vete. No tengo ninguna cuenta pendiente contigo* —le contestó el elfo oscuro silenciosamente.

—*¡No he olvidado!*

—*Fue tu propio aliento el que destruyó la piedra* —le recordó Jarlaxle a la criatura.

—*Gracias a tus artimañas, astuto drow. No he olvidado. ¡Me dejaste ciego, me debilitaste, me destruiste!*

Eso último le resultó extraño a Jarlaxle, no sólo porque el dragón evidentemente no había sido destruido, sino porque tuvo la clara sensación de que no era Hephaestus quien se estaba comunicando con él... Sin embargo, ¡era Hephaestus!

Otra imagen se coló en los pensamientos del drow, la de una criatura de cabeza bulbosa cuyos tentáculos se agitaban amenazadores desde la cara.

—*Te conozco, te encontraré* —prosiguió el dragón—. *Me robaste los placeres de la vida y de la carne. Me privaste del disfrute del dulce sabor de los alimentos y el placer del tacto.*

—*Entonces, el dragón está muerto* —pensó Jarlaxle.

—*¡Yo no! ¡Él!* —La voz que parecía la de Hephaestus sonó de forma atronadora en su mente—. *¡Yo estaba ciego y dormía en la oscuridad! ¡Demasiado inteligente para la muerte! ¡Piensa en los enemigos que te has ganado, drow! ¡Piensa que un rey te encontrará...! ¡Te ha encontrado ya!*

Esa última idea lo asaltó con tanta ferocidad y con implicaciones tan terribles que sacó a Jarlaxle del estado de ensoñación. Miró a su alrededor,

frenético, como si esperara que un dragón se lanzara sobre él y fundiera su campamento con la tierra mediante una explosión de feroz aliento, o que un ilícida se materializara y lo hiciera volar por los aires con su energía psiónica, de manera que su mente quedaría deshecha sin remisión.

Sin embargo, la noche era apacible bajo la pálida luz lunar.

Demasiado apacible, según le pareció a Jarlaxle, tanto como ante la presencia sigilosa de un depredador. ¿Dónde estaban las ranas, las aves nocturnas, los escarabajos?

Algo se movió al oeste y llamó la atención del drow. Recorrió el campo con la vista, buscando el origen del movimiento... Tal vez se trataba de algún roedor.

Pero no vio nada, salvo el movimiento desigual de la hierba danzando bajo la luz de la luna al ritmo de la suave brisa nocturna.

Otro movimiento, y Jarlaxle estudió las piedras abandonadas sembradas en el campo. Llevó la mano hasta el parche que cubría su ojo y lo levantó para poder enfocar mejor. Al otro lado del campo, había una figura sombría, agazapada, que meneaba la cabeza y hacía señas con los brazos. Pensó que no era un hombre vivo, sino un fantasma, o un espectro, o un lich.

En el espacio abierto que los separaba, se movió una piedra caída, y otra que estaba de pie se inclinó cambiando de ángulo.

Jarlaxle dio un paso hacia los antiguos túmulos.

La luna desapareció detrás de una oscura nube y la noche se hizo más profunda. Pero Jarlaxle era una criatura de la Antípoda Oscura, dotada de ojos capaces de ver bajo aquella escasísima claridad. En las cavernas sin luz de las profundidades, una mancha de líquen luminoso podía relucir para él como una antorcha encendida. Incluso en esos momentos, cuando la luna se había escondido, vio que aquella piedra volvía a moverse levisísimamente, como si algo estuviera socavando el terreno bajo su base.

—Un cementerio... —musitó, dándose cuenta por fin de que las piedras eran lápidas, y comprendiendo lo que había dicho antes Athrogate.

Mientras, la luna se asomó de nuevo e iluminó el campo. Algo se retorció en la tierra, junto a la piedra que se había movido.

Una mano, una mano esquelética.

Un extraño relámpago azul verdoso crepitó a ras de suelo y dejó surcos en el campo. Bajo esa luz, Jarlaxle pudo ver que más piedras se removían y que el suelo se transformaba en un hervidero.

—*Te he encontrado, drow* —susurró la bestia en los pensamientos de Jarlaxle.

—Athrogate —dijo Jarlaxle en voz baja—. Despierta, buen enano.

El enano roncó, tosió, eructó y se puso de lado, dándole la espalda.

Jarlaxle sacó una ballesta de mano del soporte que llevaba al cinto y tensó hábilmente la cuerda con el pulgar mientras se movía. Imaginó un tipo particular de proyectil, romo y pesado, y el bolsillo mágico que tenía junto al soporte lo hizo afluir a la mano que él tendía.

—Despierta, buen enano —dijo otra vez sin apartar la mirada del campo, donde un brazo esquelético trataba de asir el aire cerca de la lápida inclinada.

Al ver que Athrogate no respondía, Jarlaxle apuntó la ballesta y pulsó el disparador.

—¡Eh, rayos, a qué viene esto! —dijo el enano, que había dado un respingo cuando el proyectil lo había golpeado en el trasero.

Athrogate se dio la vuelta y se agitó como un cangrejo patas arriba, pero finalmente se puso de pie de un salto. Empezó a dar saltitos y vueltas adelante y atrás con las piernas dobladas, mientras se frotaba las doloridas nalgas.

—¿Qué es lo que pasa, elfo? —preguntó por fin.

—Que armas tanto ruido como para despertar a los muertos —respondió Jarlaxle, señalando por encima del hombro del enano al campo sembrado de piedras.

Athrogate se volvió de un salto.

—Veo... todo oscuro —dijo.

No bien lo hubo dicho, no sólo asomó la luna entre las nubes, sino que otro extraño rayo relámpago surcó el campo como si hubieran lanzado sobre él una red de energía. Bajo la luz, se presentaron esqueletos enteros liberados de sus tumbas, que avanzaban arrastrando los pies hacia el cerro rodeado de árboles.

—¡Creo que vienen a por nosotros! —bramó Athrogate—. Y parecen un poco hambrientos. ¡Más que un poco! ¡Buajajá! ¡Yo diría que muertos de hambre!

—Salgamos pitando de aquí —dijo el enano.

Rebuscó en su bolsillo y sacó una estatuilla de obsidiana que representaba un caballo enjuto con una especie de llamaradas en torno a los cascos.

Athrogate asintió e hizo lo propio, sacando la estatuilla del jabalí.

Ambos tiraron las estatuillas e invocaron al unísono a sus monturas: para Jarlaxle, una pesadilla equina, que lanzaba humo por los ijares y corría sobre cascos de fuego; para Athrogate, un jabalí demoníaco, que despedía calor y arrojaba bocanadas de fuego de los planos inferiores. Jarlaxle fue el primero en montar y girar a su montura para que corriera libremente, pero miró por encima del hombro y vio que el enano cogía sus manguales, saltaba sobre el jabalí y lo lanzaba entre gruñidos directamente hacia el cementerio.

—¡Por aquí es más rápido! —aulló el enano mientras revoleaba a un lado y a otro las bolas de las armas, que pendían al final de las cadenas—. ¡Buajajá!

—¡Oh, señora Lloth! —se lamentó Jarlaxle—. Si me has mandado a éste para atormentarme, que sepas que me rindo y que te lo puedes llevar de vuelta.

El enano cargó cuesta abajo, entre patadas y sacudidas del jabalí. Otro relámpago azul verdoso iluminó el prado cubierto de piedras, y pudo ver docenas de muertos vivientes surgiendo de la tierra abierta y alzando sus manos esqueléticas hacia el enano que se les venía encima.

Athrogate bramó todavía más fuerte y apretó las poderosas piernas contra los flancos del jabalí demoníaco. El animal, al parecer no menos desquiciado que su barbudo jinete, cargó de lleno contra la horda andante, y el enano empezó a atizar con los manguales a su alrededor. Con sus potentes golpes, las armas machacaron huesos, desprendieron dedos y brazos extendidos, y rompieron costillas.

El jabalí en que iba montado aplastaba con sus patas a los irracionales muertos vivientes que se acercaban ávidamente. Athrogate clavó los talones en los flancos del animal demoníaco, que dio un salto a lo alto

y descargó el fuego de los planos inferiores. Un estallido de llamaradas anaranjadas surgió de debajo de sus cascos al aterrizar, lo que provocó una erupción en un radio que era más ancho que alto era el enano. En torno a Athrogate, la hierba humeaba y entre la vegetación más alta aparecían lenguas de fuego.

Aunque las llamas prendían en los esqueletos más próximos, no parecían disuadir ni lo más mínimo a los que venían detrás. Las criaturas se acercaban sin la menor muestra de temor.

Un golpe dado desde arriba por el enano con uno de sus manguales alcanzó un cráneo; éste estalló y se convirtió en una nube de polvo blanco. Llevó el otro mangual de atrás hacia adelante y arrancó limpiamente tres brazos esqueléticos tendidos hacia él.

Los esqueletos no parecieron darse cuenta, y seguían avanzando, más y más.

Athrogate rugió con todas sus fuerzas al verse presionado y aumentó la furia de sus golpes. No necesitaba hacer puntería. No habría errado ningún golpe ni siquiera proponiéndoselo. Los dedos trataban de asirlo y las calaveras le tiraban mordiscos.

Entonces, el jabalí aulló de dolor. Saltó y lanzó otro círculo llameante, pero los esqueletos, implacables, no se detenían ante el fuego que ennegrecía sus piernas. Unos dedos sarmentosos se cerraron sobre el animal, que empezó a retorcerse en un imparable frenesí, y Athrogate salió despedido con fuerza. Aunque superó la primera línea de esqueletos, aún no había acabado de caer cuando muchos más se abalanzaron sobre él.

A Jarlaxle no le gustaba nada ese tipo de lucha. La mayor parte de su repertorio de batalla, tanto mágico como físico, estaba pensado para desorientar, para confundir y para mantener en vilo al adversario.

A un esqueleto descerebrado o a un zombi era imposible confundirlos.

Con un gran suspiro, Jarlaxle arrancó la gran pluma de su sombrero, la arrojó al suelo y transmitió órdenes al elemento mágico en un idioma arcano. Casi de inmediato, con una gran humareda, la pluma se transformó en un ave gigantesca incapaz de volar, en una diatryma

de tres metros de altura y con un cuello tan grueso como el pecho de un hombre corpulento.

Respondiendo a las órdenes telepáticas del drow, la monstruosa ave se lanzó al campo golpeando a diestro y siniestro a los no muertos con sus cortas alas, y destrozándolos con su poderoso pico. El ave se abrió camino entre la horda de muertos vivientes, dando patadas, golpes y picotazos a mansalva. Cada ataque despedazaba a un esqueleto o hacía polvo un cráneo.

No obstante, cada vez eran más los que salían de la tierra removida, para clavar sus garras.

Al lado del cerro, Jarlaxle se puso un anillo con displicencia y sacó una varita del bolsillo. Apuntó con su anillo, y la magia de éste extendió y aumentó su impacto muchas veces, abriendo un sendero de fuerza entre las filas más próximas de esqueletos. Saltaron huesos en todas direcciones. Un segundo golpe hizo trizas a otros tres que trataban de acercársele por el flanco izquierdo.

Una vez asegurado el espacio inmediato, el drow alzó la varita y utilizó sus poderes para producir un estallido de luz resplandeciente, caliente y mágica, que sembró una devastación definitiva entre los no muertos.

A diferencia de las llamas del jabalí mágico, la luz de la varita era algo que no podía pasar desapercibido a los esqueletos. Mientras que el fuego podía chamuscar sus huesos, producirles quizá alguna leve herida, la luz mágica los golpeaba en el centro mismo de la magia que los había animado, contrarrestando la energía negativa que había hecho que resurgieran de la tumba.

Jarlaxle centró el estallido en el lugar donde había caído Athrogate, y el esperado grito de sorpresa y de dolor del enano —dolor producido por el ardor en los ojos— le sonó al drow a música celestial.

No pudo por menos que reírse cuando el enano surgió finalmente de entre el chasquido de los esqueletos que se desplomaban.

Sin embargo, la batalla no estaba ganada ni mucho menos. Más y más esqueletos seguían levantándose y avanzando.

El jabalí del enano había desaparecido, muerto por la horda. La magia de la estatuilla tardaría horas en poder producir otra criatura. También

el ave de Jarlaxle había caído víctima de unos dedos desgarradores que la estaban despedazando. El drow se llevó la mano a la cinta del sombrero, donde estaba empezando a crecer una nueva pluma, pero deberían pasar varios días antes de que pudiera invocar otra diatryma.

Athrogate se dio la vuelta como si estuviera dispuesto a embestir a otro grupo de esqueletos.

—¡Vuelve aquí! —le gritó Jarlaxle.

—¡Todavía hay más que matar, elfo! —respondió el enano, frotándose aún los doloridos ojos.

—Entonces, te dejaré para que te destrocen.

—¡Me estás pidiendo que abandone un combate! —gritó Athrogate mientras sus manguales pulverizaban otro esqueleto que quería agarrarlo con sus manos.

—Tal vez la magia que levantó a estas criaturas también te despierte convertido en un zombi —dijo Jarlaxle, que volvió la cabalgadura para dirigirla hacia el cerro.

Un instante después, el drow oyó farfullar a Athrogate mientras éste se acercaba. El enano iba que echaba chispas mientras sostenía la estatuilla de ónice del jabalí y hablaba entre dientes.

—No puedes invocar otra montura en este momento —le recordó Jarlaxle, tendiéndole una mano a la que el otro se cogió.

El enano se acomodó detrás del drow, sobre el lomo del corcel, y Jarlaxle acicateó al animal, que salió como una exhalación dejando a los esqueletos muy, muy atrás. Cabalgaron duro, luego con un poco más de tranquilidad, y el enano empezó a reír entre dientes.

—¡No te fastidia! —exclamó Jarlaxle.

Athrogate rompió a reír a carcajadas.

—¿Qué pasa? —preguntó Jarlaxle, pero no podía perder tiempo en mirar hacia atrás, y Athrogate parecía demasiado divertido como para responder como era debido.

Cuando por fin llegaron a un lugar donde podían detenerse sin peligro, Jarlaxle paró abruptamente la cabalgadura y se dio la vuelta.

Allí estaba Athrogate, rojo de tanto reír y sosteniendo un antebrazo y una mano esquelética que seguía tratando de asir el aire. Jarlaxle des-

montó de un salto, y al ver que el enano no lo seguía inmediatamente, despidió al corcel haciendo que Athrogate cayera al suelo en medio de un torbellino insustancial de humo negro.

A pesar de todo, el enano seguía riendo mientras daba golpes en el suelo con los pies, terriblemente divertido por la visión del brazo esquelético animado.

—¡Quieres deshacerte de una vez de esa maldita cosa! —le dijo Jarlaxle. Athrogate lo miró con incredulidad.

—Pensaba que tenías más imaginación, elfo —dijo.

El enano se levantó de un salto y se quitó el pesado pectoral. En cuanto se hubo liberado de él echó hacia atrás la mano con la que sostenía el esquelético despojo y dio un gran suspiro de alivio cuando los descarnados dedos le rascaron la espalda.

—¿Cuánto tiempo crees que vivirá?

—Espero que más que tú —replicó el drow, cerrando los ojos y meneando la cabeza con desesperación—. Supongo que no demasiado tiempo.

—¡Buajajá! —exclamó Athrogate con voz ronca. Y luego—: ¡Aaaaah!

—La próxima vez que nos enfrentemos a semejantes criaturas confío en que sigas mi ejemplo —le dijo Jarlaxle a Athrogate por la mañana, mientras el enano seguía perdiendo el tiempo con su macabro juguete.

—¿La próxima vez? ¿Qué me cuentas, elfo?

—No fue un encuentro aleatorio —admitió el drow—. Ya van dos veces que me visita en mi ensoñación una bestia a la que creía haber destruido y que, no sé cómo, ha trascendido la muerte.

—¿Una bestia que hizo revivir a esos esqueletos?

—Un gran dragón —explicó Jarlaxle—, hacia el sur y...

El drow hizo una pausa; no estaba demasiado seguro de dónde se encontraba la guarida de Hephaestus. Había estado allí, pero teletransportado por la magia. Recordaba el aspecto general de esa región lejana, pero no los detalles, aunque pensó en alguien que seguramente conocería el lugar.

—Cerca de las montañas Copo de Nieve —añadió—. Un gran dragón que, según parece, puede recorrer con el pensamiento cientos de kilómetros.

—¿Crees que tenemos que seguir huyendo?

Jarlaxle negó con la cabeza.

—Se me ocurren algunos grandes poderes a los que puedo recurrir para derrotar a esa criatura.

—¡Vaya! —fue el comentario del enano.

—Sólo tengo que convencerlos de que no nos maten primero a nosotros.

—¡Vaya!

—De hecho —dijo el drow—, se trata de un poderoso sacerdote llamado Cadderly, un Elegido de su dios, que prometió que me mataría si me atrevía a volver.

—¡Vaya!

—Pero encontraré la forma.

—Eso expresas y eso esperas; confío en que el que lo pague yo no sea. Jarlaxle le echó una mirada asesina.

—¡O sea que no puedes volver a donde quieres..., aunque no se me viene por qué ir a donde sólo son dragones lo que vieres!

La mirada asesina se convirtió en un gruñido.

—Lo sé, lo sé —dijo Athrogate—. No más rimas, pero ¿a que ésta ha sido buena?

—Hay que elaborarla —dijo el drow—, aunque reconozco que esta vez te has esforzado más que de costumbre.

—¡Vaya! —dijo el enano, radiante de orgullo.